

pleta, que desnuda el alma de un pueblo: los tepehuas, o habitantes de los cerros.

Los tepehuas son una rama de los totonacas que han ido a refugiarse a las montañas, en lugares casi inaccesibles de los estados de Hidalgo, Puebla y Veracruz.

Roberto Williams García ha convivido con ellos largamente y ha podido acopiar una suma de conocimientos tal, que difícilmente sus observaciones podrían ser rebasadas. Si a ello se añaden la perspicacia y el amor en que la investigación está fundada, se tendrá una idea de lo que es *Los tepehuas*.

La descripción, a veces minuciosa, de tradiciones, costumbres y otras formas de vida es en alto grado interesante, y precisamente "el" costumbre, ceremonia mágica, es uno de los motivos de más intensos motivos de atención por parte del autor.

Este contrajo su estudio a dos comunidades, Pisaflores y Chintipán, y los elementos descubiertos en ellas sirvieron para caracterizar en su conjunto al grupo étnico. Sobre todo Pisaflores, que se ha mostrado más reacia a la aculturación y, por ende, conserva con mayor pureza los rasgos originales de los tepehuas.

Huehuetla, otra comunidad tepehua, conserva también en gran medida los rasgos originales del grupo y se asemeja, por tanto, al pueblo de Pisaflores.

Todo esto es etnología; pero una etnología llena de encanto y de interés; por ejemplo, el culto al diablo, a más de "el" costumbre, fundados más que nada en el descubrimiento de un mundo desconocido.

Se trata, en resumen, de un libro henchido de cosas nuevas, o, si no nuevas, distintas, que gusta y a la vez instruye sobre los despojos del pasado indígena de México. Y como Williams García tiene virtudes de escritor, entre ellas la claridad y la sencillez, su obra resulta más valiosa todavía.

RUBÉN SALAZAR MALLÉN.

CÉSAR RODRÍGUEZ CHICHARRO. *Estudios literarios*. (México: Universidad Veracruzana, 1963.)

Nacido en España pero nacionalizado mexicano desde muy temprana fecha, César Rodríguez Chicharro ha ido dejando por tierras de América los frutos de una constante y madura vocación literaria, repartida entre la poesía, el ensayo y la crítica. Ha estado también

ligado, y aún lo está, a la enseñanza en altos centros docentes de México y Venezuela, siendo además en la actualidad animador de la labor editorial que honra a la Universidad Veracruzana. Este volumen que ahora publica corresponde al número 20 de los Cuadernos de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la citada universidad, interesante colección que se prestigia con nombres como los de José Gaos, Ramón Xirau, Salvador Novo y René Marchand entre otros.

Tres ensayos, de diversa temática y extensión, se reúnen aquí. El primero es, a nuestro parecer, el de mayor penetración personal por parte del autor. Su título, "Cide Hamete Benengeli", indica que el joven profesor ha entrado por uno de los caminos menos transitados del cervantismo para alumbrarnos el desarrollo paulatino pero firme, a lo largo del *Quijote*, del carácter y personalidad de ese "primer autor" en que Cervantes dice apoyarse y cuya significación más honda es precisamente lo que se trata de dilucidar en estas páginas. Con seguro tino se van convocando los elementos diversos de la genial obra que pudieran ayudar a tal propósito. Pero los cabos no quedan sueltos, sino que se les resume muy didácticamente al final del ensayo, al aventurar las posibles respuestas a la pregunta que dio vertebración a aquél: ¿Qué movió a Cervantes a inventar este singular personaje-autor? Pues sin lugar a dudas, y de esto se nos convence aquí plenamente, el cronista arábigo supuesto acaba por alcanzar corpórea entereza de personaje real en la creación cervantina. Es lástima que la brevedad de que nos vemos urgidos permita apuntar sólo aquí el propósito seguido por Rodríguez Chicharro, sin que podamos otra cosa que llamar la atención del interés de su planteamiento y de sus conclusiones.

El segundo trabajo nos lleva a otro campo lejano y bien conocido del autor: "La novela indigenista mexicana". Sirve, de entrada, para mostrar su parejo entusiasmo e igual dedicación a los temas hispanoamericanos (qué gusto da siempre encontrar juntas a España y América, o sea, lo esencial hispánico integrado en un mismo libro) y para comprobar su capacidad de *scholar* al manejar críticamente fuentes ya autorizadas sobre un determinado motivo literario para sobre ellas levantarse, mediante la más seria documentación, a personales posiciones. El trabajo se avala por una bibliografía rigurosamente clasificada de las novelas indianistas, neoindianistas, indigenistas y de recreación antropológica producidas en México, completando así la cuádruple división que en el texto sostiene la teoría sobre el particular. Y, por fin, dando un nuevo salto en espacio y tiempo, el último y más breve ensayo, "La tragedia del

amor y del tiempo", nos muestra un fino catador de esencias poéticas al enfrentarse con feliz éxito a una de las obras de más difícil lectura e interpretación del teatro lorquiano: *Así que pasen cinco años*. Tanto en éste como en los anteriores estudios nos encontramos con un crítico pertrechado del saber que le concierne; pero que no se queda en ello, ofreciéndonos siempre su personal visión de las cuestiones que aborda, que es de lo que se trata. Habrá que añadir que todo va expresado, sin quiebras, en un lenguaje de gran eficacia expositiva —sugerencia y claridad—, índice seguro del buen maestro que debe haber en César Rodríguez Chicharro.

JOSÉ OLIVIO JIMÉNEZ.